

El Arte poética, de Horacio a Monterroso Las *Epístolas* de Horacio, en América y más allá

Horacio ha sido amado en nuestras tierras desde el siglo XVI. Y ello no sólo en sus carismáticas *Odas* y *Epodos* (*Beatus ille*, *Eheu fugaces*), sino también en su *Arte poética* y demás *Epístolas*.

Baste recordar que es de mediados del siglo XVI la primera cita horaciana publicada en México. Está en *Tres diálogos de México en 1554*, de Cervantes de Salazar, reeditados en la BEU de la UNAM, 1939 y 1984. El humanista toledano la tomó de la *Epístola* 1, 15, 13 de Horacio, para elogiar la habilidad del charro de nuestras campiñas, y dice así: *Sed equi frenato est auris in ore*. En versión rítmica diríamos:

Pero el caballo embridado
tiene el oído en la boca.

Un cuarto de siglo después, encontramos otra bella cita de las *Epístolas* de Horacio en el primer libro que un novohispano publicó en Europa: la *Retórica cristiana* de fray Diego Valadés (Perugia, Italia, 1579). Valadés no cita una sino tres veces el pasaje de Horacio:

*Virtus est vitium fugere, et sapientia prima
stultitia caruisse* (*Epístola* 1, 1, 41 s).

En versificación tradicional, vertimos:

Es virtud huir del vicio
y ya a ser un sabio empieza
quien carece de torpeza¹.

1 Es de notar que la Universidad de Perugia invitó a cinco investigadores de la UNAM a acudir a un simposium «Diego Valadés y la Retórica cristiana» en dicha ciudad italiana. Allí disertamos en mayo de 1992. Ver otras citas horacianas en *Retórica cristiana* de Diego Valadés, UNAM-FCE 1989, Preámbulo de T.H.Z., p. 59 s.

El monstruo híbrido del Arte poética

Comenzaremos por un tópico célebre de la *Epístola a los Pisones*, conocida como *Arte poética*.

La figura que se retuerce al principio de dicha *Epístola a los Pisones* es muy gustada por Alfonso Reyes. Por eso se ríe junto con el venusino cuando señala como «el monstruo híbrido... de que se horrorizaba Horacio», a esa mezcla de los himnos nacionales de Cuba y de México que deliró en un cabeceo Rubén Darío:

Que morir por la patria es vivir
al sonoro rugir del cañón.

Es el mismo recuerdo que surge en otro pasaje de Reyes: «Hay ósmosis entre izquierdas y derechas... figuras híbridas como en el *Arte a los Pisones*» (*Obras c.* FCE 1959, Tomo 11, 242).

Y es probablemente el mismo pasaje al que se refiere el regiomontano al anotar: «Horacio, en su *Arte poética*, aconseja no desbocarse lanzando al mercado de la imaginación nuevas confusiones de especies» (*o. c.*, 14, 194).

Un siglo antes, el sarcasmo de *El gallo pitagórico* parodia así ese tópico de Horacio en el capítulo «El congreso de los dioses»: «Una de nuestras hermosas vestida de rigurosa moda, es el monstruo de Horacio... Así como aquel monstruo comenzaba en mujer y acababa en pez, así nuestras mexicanas comienzan como jovencitas, median como viejas hidrópicas y acaban como extranjeras»².

Anoto, de paso, que el dinámico narrador Julio Verne usa una expresión del verso 7 del *Arte poética* de Horacio, para titular *Aegri somnia* el episodio 23 de *Veinte mil leguas de viaje submarino*.

De la misma *Arte poética* son las alusiones de Reyes al *Laudator temporis acti* (v. 173), referido a Plauto; y el concepto de *Ut pictura poesis* (v. 361), aplicado por don Alfonso a Platón³.

Luego, en su tomo 11, Reyes escribe una *Epístola a los Pinzones*, pensando en los Pisones, amigos y discípulos de Horacio, y en los Pinzones, amigos de Colón.

Los poetas mediocres y la brevedad

Horacio, que amaba la medianía en la vida, no toleraba ninguna mediocridad en la labor poética. Daba a entender que van por

2 Juan Bautista Morales, *El gallo pitagórico*, BEU de la UNAM 1951, 176.

3 Ambas citas en *Obras completas* de A. R., tomo 13, 537.

un lado los que hacen una profesión de darse la gran vida: potentados, banqueros, mujeres de mundo; y por otro lado muy distante van los profesionales del arte.

El se conformaba con ser un «aficionado a vivir» que iba «atrapando los días» según venían. Pero, ¡cuidado! Que aquellos profesionales del gran vivir no se jactaran ante los profesionales de la poesía, de sus versillos de simples aficionados, casi todos balbucientes.

Contra los que creían que la poesía era pasatiempo de ociosos, va dirigida la advertencia *Mediocribus esse poetis...*:

Existir a mediocres poetas
ni hombres, ni dioses, ni las columnas dejaron
(*Arte poética*, v. 372 s.)

Tiene razón entonces López Velarde cuando anota en *El momento poético español*: «Y no porque yo siga a Horacio en su máxima sobre los poetas medianos... El vuelo del poeta comprende desde la módica ascensión de la gallina hasta el remontarse de las águilas» (*Obras*, FCE, 1971, 491 s).

Y Ramón mismo defiende en otro lugar a José María Pino Suárez quien en sus *Procelarias*, «sin ser todavía un alto poeta, luce ya brillos de buena ley» (*Obras*, 449).

Por el contrario, López Velarde se excede extrañamente en el mismo artículo, cuando califica el *mediocribus esse poetis* de Horacio, como «latinajo no menos inexacto que el otro de *Nihil sub sole novum*». No recordaba entonces Ramón que esta última sentencia viene nada menos que del bíblico *Eclesiastés* (1, 5). Y que el pasaje se refiere a que «ya muchos han vivido antes que nosotros» y que, en lo fundamental, ya todo está inventado; sin que ello se oponga a la relativa novedad de cada nueva creación.

Con una actitud más mesurada, también Alfonso Méndez Plancarte atenúa el rigor del amigo de Mecenas contra la poesía de bajos quilates: «Lo anterior no será una poesía excelsa [de Sor Juana, en algunos villancicos latinos], pero siempre hubo medio —y perdone Horacio— entre lo sublime y lo deplorable»⁴.

Pasamos a otro tópico. Incisos como el *Brevis esse laboro, obscurus fio* de la misma *Arte poética* (v. 25 s.), iluminan la *Epístola jocoseria* de Díaz Mirón:

4 Nota periodística de A. Méndez P., citada por T.H.Z., en *Buena fe y humanismo en Sor Juana*, Porrúa, México 1984. 245.

¡Que tu estilo *no huelgue ni falte*
 por hincar en un hierro un esmalte!
 ¡Que la veste resulte ceñida
 al rigor de la estrecha medida...!

Y aquí damos paso a una nota, no sobre la mediocridad, sino sobre la «dorada medianía» cantada por Horacio en una oda.

El áurea medianía

Horacio amaba una vida reposada. Es el *aurea mediocritas* de su oda 2, 10.

Este tópico lo veo como recurrente con una mediana frecuencia en la tradición cultural, pero sin llegar al antiprestigio. Alfonso Reyes lo censura, pero sólo desde el punto de vista del temperamento romántico, al cual «la mediocridad apacible le es insoportable» (*o. c.*, 7, 427).

Y la razón de este desdén la ha dado un poco antes él mismo: «cuando Horacio cuele el filosófico vino... maldiciendo por igual al fracaso y al éxito, nos da el tipo antirromántico por esencia».

Pero en arte no hay verdades absolutas, ni menos prejuicios siempre triunfantes. Resulta que un gran romántico tardío, un protomodernista como es Luis G. Urbina, se proclama entusiasta de una «áurea medianía» con otra memorable frase horaciana del mismo tenor: *Angulus ridet* (Oda 2, 6, 14).

Así titula Urbina una poesía de madurez que yo señalo como horaciana por primera vez. Comienza así:

ANGULUS RIDET

Un rincón de jardín humilde,
 y en él un árbol de apretada copa
 —un roble añoso y lánguido que tenga
 fresco el follaje y verdiazul la sombra—...
 Y paz. La paz de la vejez tranquila,
 la paz humilde, resignada y honda...

Así es que para el romántico tardío que fue Urbina, la «mediocridad apacible» no le resultó «insoportable» en su vejez sino, por el contrario, deleitosa.

El cerdo y el cabeceo

Dos temas horacianos, también de mediana frecuencia, han circulado ampliamente por *La oveja negra y demás fábulas*, de

Augusto Monterroso, narrador guatemalteco que es mexicano por adopción.

Uno es el que da título a la fábula *El cerdo de la piara de Epicuro*. Allí el autor bromea al ampliar la metáfora irónica que Horacio decía de sí mismo: *Epicuri de grege porcum*, (*Epístola* 1, 4, 16). Monterroso anota que ese cerdo «vivía en una quinta de los alrededores de Roma, y se revolcaba en el fango de la vida regalada y hozando en las inmundicias de sus contemporáneos». La fábula se completa con una referencia combinada al *Carpe diem* y al *Eheu fugaces*: «Lo único que lo sacaba de quicio era el miedo a perder su comodidad, que tal vez confundía con el temor a la muerte».

Un nuevo tema horaciano de Monterroso, quizá el más célebre de los suyos, es el *Quandoque bonus dormitat Homerus* (*Arte poética*, v. 359), que va como remate de la fábula *La tela de Penélope, o quién engaña a quién*. Allí, el humorista sostiene que era Ulises quien viajaba mientras Penélope tejía, y no Penélope quien tenía mientras Ulises viajaba, «como pudo haber imaginado Homero que, como se sabe, a veces dormía y no se daba cuenta de nada».

Ese mismo tema lo comenta López Velarde cuando anota que «gentes caritativas explican *La Ciudad alegre y confiada* (de Benavente), recordando que alguna vez dormita el buen Homero, según sentencia de un Juez inmejorable» (*Obras*, 471). Ya se ve, entonces, que López Velarde suele admirar sin restricciones a Horacio; sus reparos al *Mediocribus esse poetis* son excepcionales.

Inclusive, Ramón lleva a Horacio hasta las lides políticas: «Torpeza semejante de Madero, tan sesudo en otras cuestiones, sólo se explica por aquel que dijo Horacio, de que alguna vez duerme el buen Homero» (525). Y la torpeza de que habla López Velarde, es nada menos que la de que el Partido Antirreeleccionista de Madero, admite la reelección del presidente de la república, pero rechaza la de los demás funcionarios. Cobra actualidad el planteamiento para el próximo 1994 en México.

El retruécano y la paradoja

En la primera de sus *Epístolas*, Horacio proclama:

Ya a los principios de Aristipo furtivamente resbalo e intento las cosas a mí, no a las cosas yo someterme (v. 18 s.).

Este retruécano (*Et mihi res, non me rebus subiungere conor*) aparece completo, y con la misma intención hedonista, en la cró-

nica de 1916 *La dama en el campo*: «Mi filosofía que pretende que la vida se le entregue, en lugar de entregarse ella a la vida» (*Obras*, 385).

Otra frase horaciana predilecta de López Velarde en la misma *Epístola* 1, 1, es el verso 16:

Nunc agilis fio et mersor civilibus undis
(Ya me hago ágil y me sumerjo en las olas civiles).

En su testamento lírico de *La suave Patria* (año de 1921), lo traduce Ramón libremente en estos versos:

Navegaré por las olas civiles
con remos que no pesan...

Además, en otra poesía del mismo año final de su vida, López Velarde coincide con Horacio en temas tan bellos como la paradoja de la riqueza íntima del poeta. Horacio la expresa así en su *Epístola* 1, 7, 36:

Nec otia divitiis liberrima muto
(Ni por riquezas de árabes cambio mis ocios libérrimos).

Ramón reelabora felizmente el tema:

Qué adorable manía de decir
en mi pobreza y en mi desamparo:
soy más rico, muy más que un gran Visir.

Otro giro paradójico de Horacio es el de la *Oda* 2, 7: «*Dulce me es enloquecer* al recobrar a un amigo». Y ese *Dulce mihi furere est*, viene siendo lo que leemos en el *Poema de vejez y de amor* de Ramón:

Fuentesanta: ha de ser *locura grata*
la de bailar contigo a los compases
mágicos de una vieja serenata.

Incisos horacianos en López Velarde y en Gutiérrez Nájera

Cuando Ramón elogia a Lugones por «aquellos dos vocablos ‘tecla herida’ casados astutamente» (*Obras*, 479), está aludiendo sin duda a la *callida iunctura* («astuta unión») del *Arte poética*, v. 47 s.

Al anotar López Velarde «Lo sencillo es lo directo... Lo más simple será lo más meritorio» (*Obras*, 521), se refiere probablemente al *Sit quodvis simplex dumtaxat et unum* (*Arte P.*, v. 23).

La *callida iunctura* es ejercitada por Horacio especialmente en sus odas. Vaya al respecto un par de ejemplos.

Gutiérrez Nájera, en sus últimas *Odas breves*, sabe evocar el brillo del *Illi robur et aes triplex / circa pectus erat...* («Tenía roble y triple bronce / sobre el pecho», Oda 1, 3, 9 s.), cuando canta:

Tu pecho impenetrable
con *triple bronce* escudas...

Y otra muestra de *callida iunctura* en Horacio es el *O mutis quoque piscibus* de la Oda 4, 3. Giovanni Papini lo menciona en su *Historia de Cristo*: «Los animales mudos pueden llevar las monedas; yo... no quiero ni verlas... Siento por la moneda el mismo horror que el rico por la miseria»⁵.

Este mismo inciso da lugar a la explicación de Sor Juana en el *Neptuno alegórico*, de que ese numen marino era denominado «dios del silencio... cuyos hijos los peces son mudos, como los llamó Horacio»⁶.

Luego, Juana Inés decide exceder barrocamemente al Venusino. En *El sueño* rastrea a los peces en el fondo de un mar nocturno, y los encuentra doblemente mudos:

Y los dormidos, siempre mudos peces,
en los lechos lamosos
de los oscuros senos cavernosos,
mudos eran dos veces.

Lizardi, lector de Epístolas y Sátiras de Horacio

Don José Joaquín Fernández de Lizardi combina en *El periquillo sarniento* (2, 1) un pasaje de la *Sátira* 2, 3 con otro de la *Epístola* 1, 19 de Horacio.

En efecto, Lizardi comenta: «Pero Horacio dijo que todo, la virtud —entiéndase los elogios que a ella son debidos—, la fama y el esplendor obedecen a las hermosas riquezas, y el que las sepa apreciar será ilustre, valiente, justo, sabio, rey y lo que quiera». Así ha traducido libremente un pasaje de la *Sátira* 2, 3, 94 ss.

5 G. Papini, *Historia de Cristo*, México (Diana 6) 1963, Cap. «Estiércol del Demonio», 286 y 288.

6 Ver Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas*, 4: «Neptuno alegórico», n. 401, línea 151. FCE 1951 a 1957. Esta y otras fuentes clásicas de Sor Juana están en mi libro *Buena fe y humanismo en Sor Juana*, Porrúa 1984, 194 ss.

Pero nótese que Horacio dice todo eso a nombre de otros. Transcribiré mi versión del pasaje, advirtiendo que Horacio refiere lo que el estoico Estertinio dijo a su correligionario Damasipo, mientras que Horacio mismo sólo intercala una breve pregunta. Pero todos ellos ven con menosprecio a los avaros. Este es el pasaje irónico de Horacio:

(Damasipo) — Pues todas las cosas,
virtud, fama, honra, lo divino y lo humano obedecen
a las hermosas riquezas. El que las hubiere amasado,
ése será claro, fuerte, justo.

(Horacio)—¿Acaso sabio?

(Damasipo)—También,

y rey y cuanto quiera.

Aunque Horacio adjudica a los estoicos la denigración de los avaros, queda claro que despliega el análisis de la avaricia porque él también la ve como una forma de locura.

Fernández de Lizardi no entendió el sentido exacto de este pasaje, pero en cambio sí entendió claramente la *Epístola* 1, 19, cuyo verso 37 traduce al prologar el tomo 1 del *Periquillo*: «No aspiro a la gloria... ni me envanezco con ningunos aplausos». Por cierto que esta expresión horaciana la vuelve a presentar don José Joaquín, ya sin perífrasis, al prologar su tomo 2: «Ni apetezco los vítores de la plebe ignorante y novelera»⁷.

El Pensador Mexicano da la pista horaciana a continuación: «Me acuerdo del sentir de los señores *Horacio*, Juan Owen e Iriarte». Esta frase me aclaró la memoria, pues la edición citada no pone ninguna nota alusiva.

A su vez, el Pensador asimila con gallardía una bella sentencia de la *Epístola* 1, 2: «Pues, como dijo Horacio, la vasija guarda por mucho tiempo el olor del primer aroma en que se infurtió cuando nueva» (*Periquillo* 1, 1, al final). El pasaje horaciano, de un poco más de un hexámetro, dice:

Quo semel est imbuta recens, servabit odorem testa diu. (*Epístola* 1, 2, 69 s.).

7 Estamos complementando y comentando aquí las citas horacianas de la edición de todo Fernández de Lizardi, UNAM, de 1982 en adelante. Prólogo, edición y notas de Felipe Reyes Palacios.

Aciertos y deslices junto al Arte poética

Fernández de Lizardi está bastante informado con respecto al *Arte poética*, como que es un libro mucho más divulgado y comentado que las restantes *Epístolas* horacianas.

En la apología inicial de su novela mayor señala: «Los deberes del escritor. Estos son, según Horacio, enseñar al lector y entretenerlo». Y continúa la cita hasta completar cuatro versos del *Arte* (343 a 346), desde *Omne tulit punctum* hasta *Scriptori prorrogat aevum*: «Y es cierto lo que dice este poeta de que el libro que reúne en sí estas dos condiciones, da dinero a los libreros, pasa los mares y eterniza el nombre del autor».

Después, en el capítulo 5 de la parte primera, da esta variante propia, del *Omne tulit*:

De escritor el oficio desempeña
quien divierte al lector y quien lo enseña.

También en la apología inicial ha pedido perdón a los sabios por los descuidos de su libro, «acordándose con Horacio de que hay defectos que es necesario perdonar, y otros en que incurren los escritores o por un descuido, o por defecto de la miseria humana». Y cita el *Arte*, vv. 347 y 351 a 353. Ambos tópicos vuelven a su pluma al prologar el tomo 2 del mismo *Periquillo*.

Ya en el tomo 3, 12, don José Joaquín debate frente a Horacio el eterno litigio entre la felicidad y la pobreza: «Estoy muy lejos de decirte que la pobreza hace sabios y virtuosos, como decía Horacio a Floro».

Pero el empeño de citar frecuentemente al Venusino, ya ha inducido una vez a Lizardi a citarlo en sentido equivocado, según he señalado un par de páginas más arriba, refiriéndome al *Periquillo* en 2, 1.

Y ahora don José Joaquín vuelve a las andadas; aquí censura a Horacio por algo que en realidad no dijo. Porque Horacio no adjudica ni a pobreza ni a riqueza, poder mágico alguno.

En efecto, Horacio es más coherente que Fernández de Lizardi al tratar de riqueza y pobreza. Tiene muchos elogios de la pobreza, pero de tratar la pobreza sabiamente sobrellevada, no de la pobreza a secas. Y no es en la *Epístola a Floro* (la 1, 3) donde habla sobre el tema, sino en la anterior (la 1, 2), dirigida a Lolio: «A quien tocó lo que es bastante, no más desee». Y esta idea es

transpuesta por Horacio al *Semper avarus eget* («Siempre el avaro está necesitado»).

Y veo todavía más clara la tesis horaciana de la pobreza noblemente aceptada, en la *Epístola* 1, 12, a Iccio:

Aquel para quien basta el uso de sus cosas, no es pobre.

Horacio llega incluso a anotar que «Impera o sirve a cada uno la riqueza reunida» (*Epístola* 1, 10, 47). En otras palabras: también la riqueza puede ser camino de sabiduría y virtud, si alguien la sabe manejar adecuadamente.

Como se ve, la tesis de Horacio no dice en ninguna parte que la pobreza haga sabios y virtuosos, como apunta Lizardi. Horacio sabía sopesar los pros y los contras de riqueza y pobreza, cosa que no atendió bien el Pensador Mexicano. Sin duda éste citaba a Horacio de memoria. Y, como ha sucedido a tantos, su notable memoria lo indujo a confusiones igualmente notables. Porque Horacio aconseja por igual a pobres y a ricos, ser prudentes.

Para terminar la revisión del primer novelista mexicano, encuentro dos tópicos más de *Arte poética* al seguir recorriendo el *Periquillo*. Ambos aparecen cuando el protagonista es aconsejado por su padre sobre la elección de carrera (1, 9).

El primer tópico es incidental: «Las dos circunstancias que Horacio requiere para la poesía, que son *numen* y *arte*» (vv. 408-411: *natura... an arte*). El otro tópico, en cambio, surge poco después como solemne axioma: «El gran Horacio aconseja a los escritores que para escribir elijan aquella materia que más se conforme a sus fuerzas, y vean el peso que puedan tolerar sus hombros y el que resitan» (*Arte poética*, vv. 38 a 40).

Momentos horacianos en «El nombre de la rosa»

Como todo libro verdaderamente ambicioso, *El nombre de la rosa* es toda una biblioteca⁸. Allí hay reminiscencias de muchos autores medievales; y los eruditos medievales, a su vez, solían tener reminiscencias de los clásicos, especialmente de los latinos. Demos un vistazo a la presencia de Horacio en la gran novela de Umberto Eco.

8 Ver mi libro *La biblioteca cósmica de El nombre de la rosa*, ENP, UNAM 1991.

El *Arte poética* está presente sólo con el ya citado tópico inicial del monstruo humano y animal. Así, en la hora nona del primer día, los indagadores encuentran que los *marginalia* que dibujaba Adelmo eran, por ejemplo, «un cuerpo humano con una cerviz de caballo», o bien «mujeres con la cabeza escamada como el lomo de un pez» (97 s).

El mismo tema vuelve en relieves tales como «Escila con la cabeza y el pecho de muchacha, el vientre de loba y la cola de delfín» (411).

En esta novela surgen dos tópicos de las *Sátiras* horacianas. El tema más gustado de Eco es la frase *De te fabula narratur* (*Sátira* 1, 1, 69 s.). El novelista lo usa con humor, al referir los recuerdos amorios del novicio Adso, quien anota al ir por la biblioteca: «Pensé que cada uno de esos libros contaba, con matices secretamente burlones, la historia que yo estaba viviendo... *De te fabula narratur*» (*El nombre...* 295).

Y el tópico vuelve: «Ya me creía libre de lo que sólo había sido una inquietud pasajera. Pero me bastó con ver el libro para decir *De te fabula narratur*» (*Ibidem* 394).

Un segundo tópico viene de la *Sátira* 1, 4, 62: «...como si en aquellos *disiecta membra* de la biblioteca me estuviera esperando algún mensaje» (605).

Y la última referencia horaciana de Eco es del *aere perennius* (*Oda* 3, 30, 1). En la hora sexta del sexto día los indagadores encuentran un pergamino delgado, *charta lintea*, y el sabio Guillermo comenta: «Supongamos que aquí querían algo que no fuese más perenne que el bronce» (539).

Epístolas y Sátiras en Monterroso

Todos los libros de Horacio han encontrado ecos de variado humorismo en la producción de Monterroso. Ya vimos huellas de alguna oda y del *Arte poética* y de una epístola.

Nos falta revisar la huella de una sátira, y más huellas de epístolas y del *Arte*.

En un libro de narraciones, Monterroso anota: «Con frecuencia escucho elogiar la brevedad... Sin embargo, en la *Sátira* 1, 1, Horacio se pregunta, o hace como que pregunta a Mecenas, por qué nadie está contento con su condición, y el mercader envidia al soldado, y el soldado al mercader» (*Movimiento perpetuo*, México 1972, 149).

En otro libro, Monterroso vuelve al tema: «Era un gran amigo mío... Tuvo la valentía de decirme: «Este soy yo, ¿verdad?... Echando a perder por un momento el dicho de Horacio según el cual nadie se reconoce en una sátira» (*Viaje al centro de la fábula*, México 1982, 17).

Y Augusto vuelve todavía al tema al escribir «Pues desde Horacio sabemos que en este género de obras todo lector ve siempre retratados a los demás y nunca a sí mismo. Ni modo» (*Ibíd.*, 34 s.).

Hermanaremos de paso a Monterroso con Lizardi, recordando que éste aludía también al *De te fabula narratur*, cuando escribía: «¿De qué te alteras? ¿Qué mofas, si con distinto nombre, de tí habla la vida de este hombre desreglado?» (*Periquillo* 1, 1).

El fabulista guatemalteco tiene esta otra traviesa referencia a Horacio con el *genus irritabile vatum* de la Epístola 2, 2, 101: «Un exabrupto tan propio del carácter irritable de los españoles de aquel tiempo, como de la raza de los poetas en general, *genus irritabile vatum*, que decía el socarrón de Horacio» (*Lo demás es silencio*, México 1978, 104).

En el mismo libro, el novelista vuelve al tema del *Sumite materiam* del *Arte poética*, vv. 38 a 40. Monterroso escribe así: «¿Habéis observado a la diligente hormiga cuando lleva en los debilitados hombros una carga desproporcionada a su fuerzas? Cada quien, pues, lleve el fardo que sus energías le permitan» (*Lo demás es silencio*, 122).

El arte poética de Monterroso

El ciclo de entrevistas que ha venido concediendo el narrador guatemalteco, ya está en un libro. Es el citado *Viaje al centro de la fábula*. Allí aparece una típica cita del *Arte poética* de Horacio, otra de su Epístola a Augusto (2, 1), además de la doble a la *Sátira* 1, 1, 70, que acabamos de anotar.

Primero, el novelista hace referencia al verso 388 del *Arte* (*Nonnumque prematur in annum*): «Creo que el consejo latino de guardar las cosas unos siete años sigue siendo bueno. Yo añadiría el de pensarlas» (*Viaje...* 97).

Y tiene enjundia la referencia de Monterroso al *Graecia capta* (*Epístola* 2, 1, 156 s.): «La conquista no ha ni siquiera empezado. Ya se sabe que los conquistados griegos conquistaron en realidad a sus conquistadores romanos. Nosotros todavía no hemos sido lo suficientemente listos como para conquistar a los españoles» (*Ibíd.* 121).

No obstante, podríamos considerar conquistadoras de España al menos a las plumas de Sor Juana, de Rulfo, de Borges, de Neruda y de García Márquez. Igualmente, a las batutas de Manuel M. Ponce con el *Concierto del sur* (1941), y de Miguel Bernal Jiménez con la ópera *Tata Vasco* (1940).

Y qué sabrosa alusión a la persona de Horacio hace Monterroso cuando anota: «Aunque usted regale fincas a diez mil poetas, es muy improbable que de ellos salga un Horacio» (*Ibidem*, 65).

Concluye una entrevista del *Viaje al centro de la fábula* (p. 137), afirmando que quienes consideren inferior la literatura de humor, «no han leído a Aristófanes, a Horacio, a Juvenal» ni a otra docena y media de autores que culmina en Borges. Subrayando la importancia del humorismo, el entrevistador español R. H. Moreno dice a Monterroso: «Tu ‘mono que quiso ser escritor satírico’ (de *La oveja negra*) nada tiene que envidiarle al ‘mono de la tienda’ de Borges, o al ‘mono gramático’ de Paz» (*Ibidem* 147).

Naturalmente, Borges comparte con Monterroso la admiración hacia Horacio. En su artículo «Sobre Oscar Wilde», Borges habla de «retazos de púrpura, frase... que registra el exordio de la *Epístola a los Pisonés*» (*Otras inquisiciones*, 116).

Y Borges mismo traduce la *callida iunctura* (*Arte*, v. 47 s), como «conjunción eficaz» (*Ficciones*, 51).

Así hemos hecho un sumario recorrido buscando por toda América las huellas de Horacio. Y hemos pasado desde Borges en Argentina, Rubén Darío en Nicaragua y Monterroso en Guatemala; hasta Juan Ruiz de Alarcón, Sor Juana, Lizardi, todos nuestros modernistas, e incluso hasta López Velarde y Alfonso Reyes en México.

Todos ellos han aprendido la sonriente reflexión y la concisa agudeza de Horacio, el padre de la lírica occidental.

TARSICIO HERRERA ZAPIÉN
C.E.C. - UNAM